

PROMOTIO JUSTITIAE

EXCHANGES ECHANGES INTERCAMBIOS

Nº 60, mayo 1995

* INTRODUCCIÓN	35
Michael Czerny, S.J.	
* SAN IGNACIO y la RECONCILIACIÓN	37
Malcolm Rodrigues, S.J., Guyana	
* La JUSTICIA que BROTA de la FE	39
Comisión de la Promoción de la Justicia	
* CUMBRE MUNDIAL para el DESARROLLO SOCIAL	42
Copenhagen, Dinamarca	
* EVANGELIZACIÓN INTEGRAL e INCULTURACIÓN	45
Comisión de Evangelización y cultura	
* ¿El AMBIENTE contra MAMMON?	53
Chryso Pieris, S.J., Sri Lanka	
* CARTAS y COMENTARIOS	54
Argentina, Brasil, Taiwan	

C.P. 6139 — 00195 ROMA — ITALIA

+39-6-687.9283 (fax)

czerny@geo2.poptel.org.uk

INTRODUCCIÓN

El primer número de *Promotio Justitiae* después de la Congregación General 34 presenta varios textos para ilustrar, o complementar, los Decretos facilitados ya, en su forma provisional, a jesuitas y colegas de todas partes. Los referentes a **Nuestra Misión** llevan los siguientes títulos:

- Decreto 2. Servidores de la misión de Cristo
- Decreto 3. Nuestra misión y la justicia
- Decreto 4. Nuestra misión y la cultura
- Decreto 5. Nuestra misión y el diálogo interreligioso

Dos de los ensayos publicados en este número fueron escritos en y para la Congregación como borradores que prepararon los Decretos 3 y 4. «**La JUSTICIA que brota de la FE**» arroja luz sobre el conjunto de nuestra misión y especialmente sobre los requisitos esenciales de la justicia, y muestra cómo la fe y la justicia están relacionadas en nuestra tradición bíblica, eclesial e ignaciana. Hace de complemento al Decreto 3 de la CG 34, así como al Decreto 4 de la CG 32.

El ensayo «**EVANGELIZACIÓN INTEGRAL e INCULTURACIÓN**» es una sólida introducción al material del Decreto 4 y será especialmente útil a cuantos no estemos familiarizados con esta parte del Evangelio, la Iglesia y la sociedad. El ensayo es un extenso tratado, cuidadoso y didáctico, sobre la inculturación.

Estos dos ensayos no son más que borradores o propuestas preparadas por dos Comisiones, pero dan al lector una visión interna de cómo pensaba y funcionaba la Congregación General. Sólo se han hecho unos pequeños retoques de estilo para que conste que no se trata de decretos sino de documentos de trabajo.

A principios de marzo la Cumbre Mundial para el Desarrollo Social tuvo lugar cuando la Congregación discutía la colaboración intra y supraprovincial (Decreto 21). La correspondencia entre el equipo de jesuitas de Copenhague y el Padre General y los delegados de Roma ilustra el significado de «global» o «internacional» en varios sentidos:

- a) ¿qué es lo que hace internacional a un problema local social?
- b) ¿qué significa para el jesuita y sus colaboradores trabajar juntos internacionalmente?
- c) ¿de qué manera nos ayuda la comunicación mundial (correo electrónico, etc.) a captar el significado de los problemas internacionales (en el primer sentido) y la colaboración (en el segundo)?

«El futuro de la colaboración», dice el Decreto 21, «está aún por decidirse. Con imaginación creativa, apertura y humildad, debemos estar dispuestos a colaborar con cuantos buscan el desarrollo y liberación integrales del hombre». Este es uno de los muchos temas que deseamos explorar en sucesivos números de *Promotio Justitiae*.

Si le impresiona alguna idea de este ejemplar de *Promotio Justitiae*, acogeremos con gusto unas breves líneas. Para enviar una carta a *PJ* para su inclusión en un próximo número, hágalo a la dirección de la portada, por correo o fax o correo electrónico. La reproducción de artículos es bienvenida; cite por favor *Promotio Justitiae* como fuente, dando la dirección, y mande una copia al editor ¡Gracias!

Promotio Justitiae 60 (1995), 36

El Secretariado de la Curia General de la Compañía de Jesús para la Justicia Social publica *Promotio Justitiae* en español, francés e inglés. Quienes deseen recibirlo pueden, si son jesuitas, decírselo a su Padre Socio y, si no lo son, enviar su dirección postal (con indicación de la lengua en que lo desean) al Editor.

Este primer número de *Promotio Justitiae* que sigue a la Congregación General formula la misma oración con que el Padre General concluyó su homilía en la Eucaristía celebrada en la iglesia del Gesù el 22 de marzo de 1995:

Demos gracias al Señor por la oportunidad de este nuevo arranque para vivir las palabras y gestos, las opciones y deseos de Cristo, que nuestro trabajo de tres meses ha intentado captar para llevarlas a cumplimiento. Y por intercesión de N^a S^a de la Estrada pidamos al Señor, con las palabras de Ignacio, «su gracia cumplida para que su santísima voluntad siempre sintamos y aquélla enteramente cumplamos».

Michael Czerny, S.J.
Editor

SAN IGNACIO y la RECONCILIACIÓN

Malcolm Rodrigues, S.J.

Michael Hurley, S.J. al hablar sobre la reconciliación de los desavenidos (*dissidentium reconciliatio*) tal y como se presenta en la *Fórmula* del Instituto (*PJ* 56, junio 1994) se refiere a las varias versiones de la *Fórmula*. Lo importante es ver cómo éstas se relacionan con el ministerio de la reconciliación de los desavenidos. John O'Malley, S.J., cita un número de casos de reconciliación en los que los primeros jesuitas como Jay, Polanco y Landini se vieron implicados¹; personalmente, sin embargo, considero crucial la experiencia que de este ministerio tuvo el mismo San Ignacio en la década 1540-1550. Dominick Bouhours, S.J., que escribe en 1679, cita tres casos asociados con San Ignacio².

El primero trata de la reconciliación del Papa Pablo III y el Rey de Portugal alrededor de 1545. La disputa surgió después que el Papa hizo Obispo de Viseu a un cardenal en contra de los deseos del Rey. El Rey reaccionó cortando los ingresos de su obispado y prohibiendo a sus súbditos que tuviesen cualquier comunicación con su obispo, bajo graves castigos.

El Papa, no menos disgustado de su parte, condenó la manera de proceder del Rey de Portugal, y en varias ocasiones, se quejó con el Padre Ignacio, que solía hablarle del Príncipe como del más religioso monarca de Europa. La brecha había empezado a ensancharse y a producir efectos nefastos para la religión, cuando el Padre intentó ponerle remedio. En primer lugar, recurrió a Dios, en cuyas manos están los corazones de los grandes de la tierra, y ordenó a toda la Compañía que rezara para atraer la Bendición del Cielo sobre sus empresas. Al mismo tiempo escribió a Lisboa, donde sus consejos fueron muy bien recibidos. Trató con el Cardenal Farnesi y con el Papa, que tenían confianza ambos en él. Y trató con tanto acierto las Partes y el asunto, por ambas partes, que se arregló fácilmente una cuestión tan fina y tan difícil. Para dar prueba de una reconciliación sincera el Rey volvió a dar al Cardenal de Viseu la posesión de las entradas de su Obispado, y el Papa concedió al Rey varios privilegios, a favor del Tribunal de la Inquisición de Portugal (página 123).

El segundo caso que ve implicado a San Ignacio en el ministerio de la reconciliación se da alrededor de 1548 y de él San Ignacio se ocupa a petición del Papa.

Al tener los habitantes de Sant'Angelo y los de Tivoli, sus vecinos, un feudo mortal, el uno en contra del otro, casi una guerra abierta, Padre Ignacio, por deseo del Papa, se fue a estos sitios. Tras haber hablado en primer lugar con Margarita de Austria, mujer de Octavio, Duque de Parma, señor de Sant'Angelo y luego con los Magistrados de Tivoli, logró que hubiera acuerdo entre estas dos ciudades, que el Cardenal De la Cueva iba a ser el arbitro de sus diferencias, y que, mientras tanto, iban a depositar sus armas (página 136).

¹ John O'Malley, S.J., *The First Jesuits*, Harvard University Press, 1993, pp. 168-71.

² Dominick Bouhours, S.J., *Saint Ignatius Loyola*, Paris, 1679, traducido al inglés por John Dryden, Londres, 1686; una edición moderna de Richard Manners, S.J., 1992.

Ambos casos conciernen «la reconciliación de los desavenidos» y es importante notar que fueron emprendidos por San Ignacio después que la versión de 1540 de la *Fórmula* hubiese aparecido y antes de la versión de 1550, que alarga la lista de los ministerios e incluye en ellos la reconciliación de los desavenidos.

El tercer caso mencionado por Bouhours ocurrió alrededor de 1552 y se refiere a la reconciliación de una pareja casada. Al igual que en el caso de la población de Tivoli y Sant'Angelo, también en este San Ignacio tuvo que dejar Roma, a pesar de su deber de General y de su mala salud.

El Duque Ascanio Colonna y Juana de Aragón su mujer, estaban en desacuerdo sobre algunos asuntos frívolos, según la costumbre de los grandes, y al crecer siempre más sus diferencias, al final se separaron con rumor y escándalo. El Padre que los conocía particularmente bien, no podía soportar que esta división continuara y se empeñó en que desapareciera. Juana de Aragón ya se había retirado a la frontera del reino de Nápoles. La siguió allí, aún estando muy enfermo, y en un período del año muy aciago, porque creyó oportuno empezar con la Duquesa, seguro de que si la convencía, se establecería la paz pronto. En conclusión, la persuadió y no tuvo dificultad después en llevar al Duque a la razón, y así se juntaron de nuevo y vivieron más pacíficamente que nunca (página 158).

Estas experiencias de San Ignacio y las de los primeros jesuitas citadas por O'Malley explican ciertamente tanto la expansión de la lista de los ministerios como el cambio en su orden desde la versión de la *Fórmula* de 1540 a la versión de 1550. Comparto, además, lo que dice Hurley, a saber que una espiritualidad de reconciliación puede ser a la vez oportuna y congenial para echar unas fuertes bases para el servicio de la fe y la promoción de la justicia. Ciertamente en mi breve espacio de experiencia en Guyana en la lucha a favor de la justicia y de los derechos humanos, acabábamos siempre con por los menos dos lados sobre cualquier asunto y muchas veces las partes eran brutalmente antagónicas. Dicho con otras palabras, la lucha puede haber llevado a que se hiciera justicia, pero se trataba de una justicia sin reconciliación, y, por consiguiente, con el peligro de llevar a otras injusticias de parte de los antagonistas. Por otro lado, una lucha a favor de la justicia en que la reconciliación constituye el fin deseado puede llevar hacia una verdadera cooperación colectiva en el interés del bien común. Así como las injusticias producen división y alienación, la justicia tendría que tender a producir unidad y reconciliación.

Malcolm Rodrigues, S.J.
Jesuit Presbitery
29 Brickdam, Georgetown
GUYANA, América del Sur

+ + + + +

La JUSTICIA que BROTA de la FE

Nuestra experiencia y propósito

1. La misión integral de la fe que busca la justicia, formulada por la 32ª Congregación General y confirmada por la 33ª, ha significado una nueva manera de entender nuestro Instituto y carisma. Se han abierto caminos de renovación en nuestras vidas y ministerios y se ha vigorizado la acción apostólica de la Compañía en muchas partes del mundo.

2. Entre las respuestas creativas a nuestra misión hoy queremos destacar:

a) un nuevo acercamiento a los Ejercicios y otras fuentes de nuestra espiritualidad, que ha contribuido a encarnar la fe;

b) nuestro aprendizaje de los pobres nos ha hecho más capaces de escucharles y de recibir de ellos;

c) una renovada manera de actuar en los centros y movimientos sociales, más cercana a los esfuerzos de muchos por transformar las estructuras sociales;

d) el esfuerzo de la educación jesuita en formar hombres y mujeres «para los demás»;

e) nuevas formas de presencia y acción apostólica en las situaciones de pobreza, injusticia, violencia y marginación.

3. Pero también es necesario reconocer las ambigüedades personales, comunitarias e institucionales que se han dado en muchas ocasiones:

a) la acción en favor de la justicia ha carecido de raíces espirituales hondas;

b) la falta de coraje y el conformismo en la toma de decisiones que la opción fe-justicia exigía para el cambio de nuestras instituciones;

c) la ideologización y el dogmatismo que han llegado a ocasionar división entre nosotros, al tratarnos más como adversarios que como compañeros;

d) un estilo de vida poco consecuente con nuestras opciones de fondo.

4. El Dios de la gracia y la misericordia nos anima a seguir en el propósito que, por su gracia y confiados en El, hemos tomado. Los numerosos compañeros convertidos en mártires por participar desde su fe en la lucha por la justicia y la libertad en Asia, Africa, Europa oriental y América Latina, confirman nuestra identificación con el Cristo crucificado de los evangelios. Han llegado hasta nosotros jóvenes generosos dispuestos a seguir esta vocación que redescubre la justicia en el corazón de la fe.

5. Hemos dado sólo los primeros pasos en este camino. La reflexión sobre la experiencia vivida nos hace conscientes de nuestras debilidades y limitaciones. Sin embargo, queremos dejarnos afectar por la llamada del Señor en favor de construir su Reino de amor, justicia y paz, y renovar, profundizar y dar futuro a nuestra misión que integra el servicio de la fe y la promoción de la justicia.

Raíces espirituales de la justicia que buscamos

6. Numerosos postulados han pedido que profundicemos las raíces bíblicas, ignacianas y eclesiales de nuestra comprensión de la promoción de la justicia. Más que desarrollar con exhaustividad esta petición, debemos seguir los numerosos estudios iniciados en estos campos.

Que cada uno de nosotros, con corazón abierto, nos acerquemos a ellos. Las reflexiones que siguen no pretenden otra cosa que presentar un sencillo punto de partida.

7. Los libros del Antiguo Testamento presentan al Dios de Israel como un Dios que vela por la justicia. En los textos bíblicos este concepto tiene el sentido de rectitud, integridad; apunta a que las cosas sean como tienen que ser. Aparece asociado a derecho, fidelidad o amor misericordioso. Las personas son justas cuando entablan una recta relación con Dios, con las otras personas y con la creación. Que el Dios de Israel haga justicia y establezca el derecho viene a significar que salva.

8. Israel tuvo su origen en la intervención liberadora de Dios que salvó a un grupo de tribus de la opresión de Egipto y lo convirtió en su pueblo elegido, creando así una comunidad de hermanos basada en la Alianza y regida por la Ley divina, en la que la Justicia de unos para con otros es el signo de la fidelidad al Dios que los ama. La justicia, por tanto, se refiere al recto ordenamiento de las relaciones sociales en respuesta a las acciones salvíficas de Dios. Los profetas más antiguos denuncian cómo la opresión de los pobres quebranta la alianza establecida entre el pueblo y su Dios.

9. Jesús no rompe con estas tradiciones de Israel, sino que las llena de radicalidad. Los evangelios lo presentan anunciando que el don inminente del Reino alcanzará primero a los pobres, marginados y pecadores. Curar enfermos, convivir y comer con pobres y marginados es signo y realización del Reino que anuncia. Su llamada a recibir el Reino de Dios como don y su pretensión de hablar con la autoridad de Dios, le llevó al conflicto con los poderes religiosos y políticos de su tiempo y así murió acusado de blasfemo.

10. Jesús invitó a otros a seguirle sin tener, como El tampoco tenía, donde reclinar la cabeza y les hizo saber que, puesto que el discípulo no es más que su maestro, habrían de avanzar también por el camino de la Cruz, asumiendo y padeciendo como El el pecado del mundo, el mal y la injusticia, para ser con El transformados en moradores de un mundo nuevo donde reine la justicia. La Iglesia primitiva descubrió enseguida que el encuentro con el Señor resucitado tenía lugar de modo privilegiado en el encuentro de cada uno con los necesitados, hasta el punto de que por ellos seremos juzgados.

11. Ignacio, desde los primeros momentos de su conversión a Cristo, junto con su deseo de seguir e imitar al Señor en toda pobreza «así actual como espiritual»¹, experimentó una mayor cercanía y compasión por los pobres² y una preocupación por la suerte de quienes sufrían material³ y moralmente⁴. Cercanía y preocupación que mantuvo hasta el final de su vida⁵, incluso cuando iban en aumento sus tareas como General de la Compañía.

¹ *Ejercicios Espirituales*, 98.

² *Autobiografía*, 18.

³ *Autobiografía*, 89.

⁴ *Autobiografía*, 38.

⁵ *Autobiografía*, 98.

12. Los compañeros de Ignacio comparten con él, ya desde el comienzo y hasta hoy, la experiencia espiritual de pedir «ser elegidos debajo de la bandera de Cristo»⁶, y de tomar como referencia para el ejercicio de su acción evangelizadora a los apóstoles enviados a predicar «en pobreza»⁷. Esta vivencia espiritual se hizo proyecto apostólico en la Fórmula del Instituto, y, en continuidad con él, se ha concretado en nuestra historia, de muy diversas maneras, como preocupación por los pobres y acción por la justicia.

13. Al formular nuevos horizontes de la promoción de la justicia, como el desarrollo de una cultura de la vida y el cuidado de la creación entera, nos sentimos de nuevo fieles a nuestra genuina tradición espiritual de un Dios Creador⁸ y que «habita en las criaturas»⁹. Los criterios ignacianos de selección de ministerios¹⁰ nos siguen invitando a discernir nuevas formas de acción por la justicia.

14. Desde los comienzos de su existencia la Iglesia se ha comprometido con los necesitados y marginados de la sociedad, recordando las palabras de Jesús: «lo que hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis»¹¹. Los Padres de la Iglesia recuerdan constantemente la íntima relación entre la fe y las obras de la justicia. La asistencia social fue durante muchos siglos tarea de la Iglesia. Con la Revolución Industrial, la conciencia social de la Iglesia empieza a orientarse hacia los problemas del rápido cambio social. Buscando progresivamente un orden social más justo, sin abandonar nunca los problemas de los trabajadores y de las masas populares, su horizonte se ha ampliado recientemente hacia las cuestiones de la paz y la justicia internacional, el desarrollo humano de las naciones, la defensa de las culturas particulares y la responsabilidad de la creación.

15. El Magisterio de la Iglesia proclama con firmeza que «el amor por el hombre y, en primer lugar, por el pobre, en el que la Iglesia ve a Cristo, se concreta en la *promoción de la justicia*»¹². Aunque opción por los pobres y promoción de la justicia no son la misma cosa, no pueden separarse. Si bien es cierto que el amor cristiano reviste otras formas además de la justicia, ésta es la forma reivindicativa del amor y sólo es concreta, creativa y duradera cuando se alimenta de la compasión. «Para la Iglesia enseñar y difundir la doctrina social pertenece a su misión evangelizadora y forma parte esencial del mensaje cristiano». En otras palabras, al cumplir su misión de orientar la conducta cristiana, «no pertenece al ámbito de la *ideología*, sino al de la *teología* y especialmente de la *teología moral*»¹³.

⁶ *Ejercicios Espirituales*, 147.

⁷ *Diario Espiritual*, 15.

⁸ *Ejercicios Espirituales*, 23.

⁹ *Ejercicios Espirituales*, 235.

¹⁰ *Constituciones*, [622-623].

¹¹ Mateo 25:40.

¹² *Centesimus Annus*, 58 y ss. En cursivas en el original.

¹³ *Centesimus Annus*, 5; *Sollicitudo Rei Socialis*, 41. En cursivas en el original.

Nuevas dimensiones de la justicia

16. Como a toda persona con sensibilidad ética, muchas realidades de nuestro mundo nos hieren por su inhumanidad. A la luz de nuestro patrimonio espiritual, encontramos estructuras y actitudes que contradicen el designio de un Dios que se revela como Amor y arraigan en una cultura deshumanizada. Llamados a buscar y hallar a Dios en todas las cosas, nos sentimos impelidos a colaborar en la humanización de esas estructuras y valores desquiciados, sea que atañan a la vida privada o a la pública.

17. El Espíritu de Cristo nos abre los oídos al clamor de las multitudes pobres y de los pueblos oprimidos. Un clamor que reclama la dignidad y libertad que les son debidas como hijos de Dios. Con humildad y paciencia, pero también con coraje, nos sentimos comprometidos, en colaboración con otros, a hacer efectivo un orden mundial más humano. Ese compromiso renueva y reinterpreta nuestra vocación de contemplativos en la acción, de contemplativos para la transformación.

Comisión de la Promoción de la Justicia
34ª Congregación General

+ + + + +

CUMBRE MUNDIAL para el DESARROLLO SOCIAL

Copenhagen, 6 de marzo de 1995

Querido Padre Kolvenbach y Delegados de la 34ª CG, ¡La Paz de Cristo!

Los del Equipo de Jesuitas en la Cumbre de las Naciones Unidas reunida en Copenhagen, saludamos a nuestros hermanos de la Cumbre de Jesuitas en Roma.

Quisiéramos compartir brevemente con vosotros algunos de los pensamientos al entrar hoy en la apertura de la Cumbre Social sobre Desarrollo Social. Ayer por la tarde, nos reunimos 10, de todas las partes del mundo, en la acogedora Comunidad S.J. de San Canuto en el corazón de la ciudad. Compartimos nuestras experiencias y expectativas, felices de poder participar en esta Cumbre y agradecidos a Michael Czerny del Secretariado de Justicia Social que consiguió el que nos reuniéramos aquí esta semana. Durante la reunión, se nos ocurrió comunicaros nuestro saludo fraternal y algunas de nuestras impresiones sobre algunos puntos importantes muy en la línea de nuestra misión actual.

Las negociaciones para la «Declaración y Plan de Acción» de la Cumbre todavía están en marcha. Sin embargo, aun siendo pronto todavía, vemos ya emerger algunos puntos importantes, sea del período preparatorio, sea de los intercambios entre los delegados gubernamentales y representantes de las Organizaciones no Gubernamentales (ONG). Entre los temas más importantes, están:

1. Un acuerdo mundialmente compartido sobre que los problemas del futuro de la humanidad no se encuentran sólo en los países pobres, sino también en los ricos.

2. La centralidad de tres desafíos interrelacionados: erradicación de lo peor de la pobreza opresiva, superar la exclusión social, y la elaboración de nuevas dimensiones de trabajo y empleo.
3. Una disposición a usar el análisis y el lenguaje explícito de la justicia social, la ética y la moralidad.
4. Atención especial a la marginación de Africa.
5. Énfasis sobre la necesidad absoluta de tratar la igualdad de sexos.
6. La búsqueda de un paradigma alternativo al del crecimiento económico neo-liberal.
7. La urgencia de compartir los recursos a una escala mundial y la necesidad de rechazar los modelos consumistas o de mal desarrollo.

Pero, con mucho, nuestra más profunda experiencia ha sido el del convencimiento de la creciente importancia de redes internacionales para el trabajo de justicia social. Las conexiones creativas establecidas por las ONG de muchas partes del mundo han ejercido una influencia significativa en los preparativos de esta Cumbre y serán de una importancia crucial en su seguimiento ulterior. Esta experiencia nos impulsa a ponderar la importancia de la dimensión internacional de nuestra misión como Jesuitas. Ciertamente, la internacionalidad de la Compañía de Jesús es una de nuestras grandes ventajas para nuestro compromiso en la lucha global por la justicia. Algo más, la presencia de un grupo numeroso, competente y comprometido de laicos implicados en el proceso de la Cumbre, nos ilumina sobre la necesidad de desarrollar una colaboración con el laicado a un nivel internacional.

Reconociendo la importancia de nuestros compromisos y preocupaciones locales, la experiencia de esta semana nos llama más y más a concretar las dimensiones globales de nuestra misión de fe y justicia cuando acabemos las dos cumbres: Social y CG 34. Nos parece que esto requiere de la Compañía un esfuerzo continuado y coordinado sobre:

1. Formación de los Jesuitas en una perspectiva global.
2. Estructuras provinciales de Asistencia, de Regiones y de Curia que faciliten una red global de comunicación.
3. Formación en el liderazgo para las necesidades de la solidaridad global.
4. Una espiritualidad para una conciencia global.

Como Equipo que representa a distintas partes de la Compañía, planeamos seguir en contacto entre nosotros y con las redes en las que nos hemos integrado a través de la participación en la Cumbre.

Durante el encuentro nos hemos sentido enterrados vivos por tantos documentos. Esperamos que esta carta no se añada a vuestros documentos y correspondencia diaria para abrumaros en los días finales de la CG 34.

Sabed que contáis con nuestras oraciones, nuestro agradecimiento profundo y nuestros cariñosos recuerdos.

El equipo de jesuitas:

Jim Hug (Wisconsin), Center of Concern, Washington

Anton Dekkers (Alemania del Norte), Pax Christi, Copenhagen

Salvador Orara (Filipinas), estudios de doctorado, París

Aloysius Irudayan (Madurai), Indian Social Institute, Bangalore

Henry Volken (Suiza), representante de CVX, Ginebra

Manuel Alphonse (Madurai), All India Catholic University Federation (AICUF), Madras

Jim McSheffrey (Canadá Inglés), voluntariado estudiantil, St. John's, Newfoundland

Peter Henriot (Zambia-Malawi), Jesuit Centre for Theological Reflection, Lusaka

Bernard Lestienne (Francia), OCIPE (Office Catholique d'Information et d'Initiative pour l'Europe), Bruselas

Leslie Dorn (Alemania del Norte), UNDA (International Catholic Association for Radio and Television), Copenhagen

Savarimuthu Lazar (Madurai), Indian Social Institute, Bangalore

Roma, 10 de Marzo de 1995

Queridos hermanos del equipo de jesuitas presentes en la Cumbre de las Naciones Unidas sobre el desarrollo, reunida en Copenhagen,

¡La paz de Cristo! Todos los Congregados hemos ido siguiendo la Cumbre con gran interés. Gracias por vuestra información diaria y por la carta sobre vuestro encuentro. Todo esto es un lazo que hace evidente que nuestra unión en la dimensión internacional de nuestra misión y vocación — una de las características más tradicionales de la Compañía de Jesús — cobra nueva fuerza con experiencias como las que vosotros y nosotros estamos teniendo.

Tanto vuestras preocupaciones éticas y sociales que recordáis, como, especialmente, el compromiso de seguir trabajando juntos en un seguimiento ulterior, hacen juego con temas sobre los que aquí hemos estado rezando, reflexionando, discutiendo y escribiendo. A pesar de las claras diferencias entre lo que es una Cumbre Social y una Congregación General, vuestra carta expresa una confluencia profunda de preocupaciones.

Frecuentemente rezamos en el Aula a Nuestro Señor Jesucristo: «Ayúdanos a ser fieles a la mente de San Ignacio y generosos para ver nuestro mundo a través de los ojos de fe». Vosotros, delegados nuestros en Copenhagen, ocupáis un puesto especial en esta oración.

Hermanos en Cristo,

Padre General y Delegados de la CG 34.

Ver Peter Henriot, S.J., «Forward Steps at the Social Summit», *AMERICA* (22 abril 1995), 3-5.
Bernard Lestienne, S.J., «Copenhague, les larmes de la petite sirène», *OBJECTIF EUROPE* 35 (febrero 1995), 33-40.

EVANGELIZACIÓN INTEGRAL e INCULTURACIÓN

I. INTRODUCCIÓN

1. La Congregación General 32 (1974) definió «el servicio de la fe de la cual la promoción de la justicia es una exigencia absoluta», como la expresión actual de nuestro carisma. Esta es la orientación ignaciana de nuestra misión hoy, como cuerpo apostólico, según los Ejercicios y las Constituciones. Diez años después, la Congregación General 33 (1983) confirmó la precedente en este punto y subrayó dos dimensiones. La primera es que esta misión se hace desde el punto de vista de la opción evangélica por los pobres. Por ahí se retoma el eje central de la misión de Jesús. La segunda es que esta misión se define como **evangelización integral**, que la Compañía ha entendido en un sentido más profundo.

2. Reflexionando ahora sobre la vida y las experiencias apostólicas de la Compañía en estas dos últimas décadas, confirmamos hoy las dos Congregaciones anteriores. Sin embargo, mirando al mundo, a la Iglesia en él y a la Compañía misma, nos damos cuenta de la creciente importancia de la dimensión y de la dinámica **cultural** para la percepción, análisis e interpretación de la compleja realidad actual. Aparece cada vez más relevante el factor cultural para la evangelización del mundo de hoy. Hermanos nuestros del pasado, Matteo Ricci, Roberto de Nobili, João de Brito, José de Anchieta, José de Acosta, y tantos otros, fueron muy sensibles a esta dimensión en la evangelización. Actualmente, hermanos nuestros llevan adelante una pedagogía evangelizadora centrada en la inserción; esto es, en la presencia junto al pueblo, dócil a él y por tanto a su modo peculiar de ser y de actuar. Otros tratan de insertar el Evangelio en la cultura contemporánea, en el mundo de la ciencia y del arte, de la educación y de la comunicación. Tenemos ahí un gran reto: integrar con coherencia estas vertientes en la perspectiva de nuestro carisma y misión.

3. La **evangelización integral** (CG 33) pretende abarcar la totalidad de la realidad humana, en su plano individual, social y cultural, espiritual y material. Ella se desarrolla en la realidad concreta de grupos culturales muy diversos y numerosos. Por tanto, llamamos «inculturación» aquél proceso de evangelización que integra fe y justicia en una cultura concreta. Esta no es moda teológica o pastoral, sino eje indispensable de una auténtica evangelización. ¿Cómo evangelizar sin articular fe y cultura, cuando ambas tocan lo más hondo del ser humano?

4. Situamos nuestra misión de jesuitas en el marco de la misión evangelizadora de Jesucristo. Reasumimos y continuamos su misión en lo que llamamos evangelización integral (CG 33). Por ella reafirmamos el servicio de la fe en la promoción de la justicia (CG 32). Pero una evangelización integral sólo se construye y se procesa sobre la relación específica entre fe y cultura. Por tanto, fe, justicia, y cultura se complementan en la unidad concreta de lo humano y en la expresión integral de la evangelización inculturada. Pero no hay plena liberación evangélica de la persona y del grupo social sin inculturación, proceso que libera la cultura; tampoco hay plena inculturación de la fe sin liberación personal y social.

II. DE QUÉ CULTURA ESTAMOS HABLANDO

5. Hay muchos modos de entender y definir la cultura. Para nuestra finalidad apostólica, tomamos cultura como la forma en la que un grupo humano vive, razona, siente, se organiza,

celebra y comunica la vida. La cultura, por tanto, existe sólo en la vida concreta de sus miembros. El grupo cultural se adapta a su medio ambiente, organiza sus relaciones, orienta y determina el sentido que da a la vida, a su acción y comunicación. Como los seres humanos, cada cultura está cargada de rasgos positivos y negativos. Las personas y los grupos humanos crean y viven la cultura, que a su vez los moldea, condiciona y diversifica. Ella se transmite a lo largo del proceso educativo y se asimila de modo consciente o inconsciente.

6. En toda cultura hay elementos visibles: el lenguaje y los gestos, los símbolos y rituales, el modo de trabajar, construir y cultivar, de vestirse y cocinar. Pero hay también otro nivel: el de los sentidos y valores, de la visión del mundo y del ethos cultural. El conjunto de estos dos planos le da identidad cultural al grupo humano.

7. Son por tanto culturas o portadores de cultura los grupos étnicos o nacionales, los conjuntos humanos institucionales o asociativos en los cuales se verifican los dos planes indicados. Las subculturas de la familia, del trabajo, del descanso, de los intereses y participación sociales, de los grupos religiosos, de la universidad o escuela, y otras que llenan nuestra vida diaria; son culturas. También lo son los grupos indígenas en su propia tierra, y las poblaciones rurales o marginadas y discriminadas en las periferias de las ciudades. En cada grupo se elabora la identidad cultural que se manifiesta en y por los elementos externos e internos arriba mencionados.

Cultura y sociedad

8. Toda cultura busca una expresión social. Toda sociedad tiene presupuestos culturales. En una acepción elemental, sociedad es un conjunto de individuos que vive bajo reglas comunes. Sociedad y cultura son realidades distintas, pero una no se entiende sin la otra. Puede haber continuidad y coherencia entre ambas, pero también discrepancia y conflicto. Los cambios que se incorporan a la cultura son casi siempre lentos. De ellos son sujetos los miembros de la cultura. Si no llegan a serlo, ven el cambio como violencia o injusticia. De ahí viene la tenaz supervivencia cultural de muchos grupos aun en situaciones sociales adversas. Esto explica la reemergencia de culturas oprimidas o despreciadas en su historia. Las culturas, sobre todo populares y de fondo religioso, han mostrado una perseverante resistencia. Cambios sociales, provocados por agentes ideológicos, suelen ser más rápidos y extrínsecos al grupo. La historia nos muestra que es más fácil desarticular o cambiar estructuras sociales que culturales.

9. En las culturas no-modernas, la religión es un elemento central de la identidad de muchos pueblos o naciones; le da al grupo sentido y legitimación. La cultura moderna, en cambio, prescinde de la religión en este papel cultural fundante y sólo la considera como uno entre otros elementos de la cultura. A esto se llama «secularización» en una de sus varias acepciones. Se manifiesta por allí la ruptura radical entre los paradigmas culturales no-moderno y moderno y sus consecuencias sobre las formaciones sociales.

III. CULTURA E INCULTURACIÓN DEL EVANGELIO

10. «**Inculturación**» es un término reciente que cualifica la relación entre fe y cultura en el proceso de evangelización. Desde el Concilio Vaticano II y, sobre todo, desde el Sínodo sobre

la evangelización (1974) y la consiguiente publicación por Pablo VI de la *Evangelii Nuntiandi* (1975), se profundiza, en la reflexión teológica y en la práctica eclesial, pastoral y misionera, la sensibilidad frente a la relación entre la fe y la cultura o las culturas. Esta relación se expresa con la palabra «inculturación» desde el Sínodo sobre la catequesis (1977). En 1978, el P. Arrupe envió a toda la Compañía una carta y un instrumento de trabajo sobre este tema¹, respondiendo al decreto 5 de la CG 32, «Sobre la promoción de la obra de la inculturación de la fe y vida cristiana».

11. No es lo mismo **inculturación** que **adaptación** o **aculturación**, que han dominado por siglos el proceso evangelizador. En éstas hay iniciativa y predominio determinante por parte de la cultura del evangelizador en una cultura ajena o en su propia cultura. Se producen cambios desde fuera hacia adentro en el grupo cultural que se quiere evangelizar y por tanto más bien a un nivel externo de la cultura.

12. En cambio, por la inculturación, la evangelización se hace **desde dentro** de la cultura del grupo humano que se quiere evangelizar. Esto la caracteriza. La pregunta clave es: Cómo el Señor ha estado presente, ha operado y sigue operando en y a través de estas personas y de sus culturas a lo largo de su vida, de sus tradiciones y de su historia, antes del proceso de evangelización o durante el mismo. Los miembros de la cultura son los sujetos principales del proceso. Los evangelizadores son sus facilitadores y colaboradores.

13. El Evangelio no existe en abstracto. Ya está siempre asimilado en alguna cultura concreta. La inculturación es, por tanto, un camino de continuo crecimiento en la conciencia de una cultura como vehículo real o potencial de la fe. Al darse cuenta de su cultura vista desde la fe, aún cuando evangeliza su propia cultura, el evangelizador la redescubre como portadora del Evangelio pero nunca como forma exclusiva o privilegiada de proponerlo o vivirlo. Por eso, el proceso de evangelización se desarrolla siempre en un diálogo intercultural. Entre evangelizado y evangelizador (persona y comunidad apostólica) se procesa de algún modo una mutua evangelización. El evangelizador y los miembros de la cultura que se quiere evangelizar se van conociendo siempre mejor. En esta interacción, cada uno descubre la realidad de su propia cultura, sus características, su proximidad a los sentidos y valores evangélicos, y también sus límites humanos e institucionales, sus contradicciones y perversiones.

14. Por lo tanto, una proclamación explícita del Evangelio presupone un conocimiento «interno» de las culturas. El discernimiento inculturado lleva a la constatación de lo que ya es evangélico en la cultura que se evangeliza y de lo que es dispensable en la cultura del evangelizador, en orden a la transmisión y vivencia del mensaje evangélico. Se hace posible, pues, una intuición acerca de dónde es necesaria la conversión en cada cultura. Tanto la conversión como el crecimiento en la educación de la fe se harán, sobre todo, al nivel profundo de la cultura, esto es, de sus sentidos, valores y criterios, de su visión del mundo, de su ethos cultural. La conversión y el crecimiento en este plano ilumina y orienta los cambios necesarios en el nivel de la expresión cultural de la fe. La evangelización será una labor de conjunto entre el evangelizador y la persona o comunidad cultural. La fe cristiana que, por la acción del Espíritu, se puede seguir de la evangelización, no es un conjunto doctrinal o ético-moral, no es una instancia institucional como lo es una religión, no es un conjunto de símbolos y rituales. Sí es la respuesta de aceptación consciente y libre de una persona o de una comunidad al don que hace Dios de sí mismo a la humanidad en Jesucristo.

¹ *Acta Romana* 17:2 (1979), 229-55.

15. La evangelización es indispensable. Por una parte, todas las culturas son obra humana y portadoras de valores pero también de límites o desviaciones, algunas claramente incompatibles con la fe cristiana. La evangelización inculturada será, por tanto, crítica de la cultura y a veces contracultural. La denuncia profética es parte indispensable de la evangelización. Por otra parte, ninguna cultura llega por sí misma al don que Dios nos hace de su Hijo y de todo lo que El viene a traer a nuestras vidas. Ninguna cultura, por tanto, puede presentarse como el único camino hacia la fe. La mediación de la evangelización es necesaria. Pero a cada persona o grupo humano, el Espíritu le dará el don de acoger, vivir y expresar la fe según la identidad de su cultura. Más aún, en una madura evangelización, la vida y el mensaje evangélicos acaban por constituirse en parte de la cultura, en principio de inspiración, norma y fuerza de unificación que la transforma, recrea y relanza².

16. Este proceso de evangelización no se da sólo en relación a grupos culturales que no conocían a Jesucristo. Pasa también por la reevangelización de culturas que han vivido la fe cristiana en su pasado y que son hoy más bien culturas críticas del evangelio, indiferentes a él o francamente increyentes. Esta y análogas situaciones han creado la urgente necesidad de una «Nueva Evangelización, con nuevo ardor, nuevos métodos, nuevas expresiones», nuevos enfoques de antiguos contenidos. La **nueva evangelización** es un tema central en las preocupaciones y predicación de Juan Pablo II.

17. La evangelización inculturada, con las necesarias adaptaciones, es mediación dialogal y pedagógica, tanto en los contactos con las culturas autóctonas y tradicionales, recientes o milenarias, como en la relación con las culturas moderna y posmoderna y con sus múltiples subculturas. Será siempre desde dentro de ellas, que se va a proceder al discernimiento evangelizador. Este les ayudara a descubrir en ellas mismas las riquezas humanas y las huellas de Dios. Pero también descubrirá en ellas, por la fuerza del Espíritu, la marca de ruptura y de pecado, necesitada de purificación y conversión.

18. Pablo VI nos decía que la ruptura entre fe y cultura es el drama de nuestro tiempo como lo fue de otros tiempos (*Evangelii Nuntiandi* 19). En nuestra misión evangelizadora hay que integrarlas siempre. ¡Y cuantas veces, de esta ruptura, provienen las injusticias! El servicio de la fe y la promoción de la justicia en los cuales y por los cuales se realiza nuestro proyecto de evangelización integral sólo se dan en contextos culturales concretos. Nuestra misión evangélica de fe y justicia pasa por tanto por la centralidad de la cultura en la realidad humana. Fe, justicia y cultura se articulan en toda evangelización que se pretende integral.

IV. LA INCULTURACIÓN Y EL MISTERIO DE CRISTO

19. El desarrollo de la historia de la salvación es todo él un proceso de inculturación. Lo es por la **encarnación** del Hijo y por su vida. El Verbo, siendo Dios y sin dejar de serlo, se hace en Jesucristo, por designio Trinitario³, plenamente humano, uno como nosotros, menos en el pecado⁴. Jesús, pobre desde el seno de María⁵, se manifiesta en un pueblo concreto, con su

² P. Arrupe, «Carta sobre la Inculturación».

³ *Ejercicios Espirituales*, 107.

⁴ Juan 1:1-14; Filipenses 2:5-8; Hebreos 4:15.

historia y tradición, su genealogía y religión. En la misma formación de Israel se configura la identidad cultural del pueblo en sus instituciones y modos de ser, por su fe y conciencia de la acción del Señor Dios sobre él. Y también se dan relaciones interculturales con otros pueblos, de los cuales se sirve Dios para hacer conocer y vivir varias facetas de su misterio.

20. Este Jesús, fuertemente enraizado en su propia cultura, mantiene, sin embargo, con respecto a ella, una libertad crítica: en ella asume y confirma la teleología de fondo de su vocación histórico-cultural. Jesús asume la salvación que en su pueblo es signo constante de la presencia y acción de Dios. Pero interpela o denuncia, corrige o reorienta lo que en el Israel de su tiempo se ha pervertido y desviado del plan salvífico de Dios. Así lo hace en relación al sábado, al templo, a las tradiciones y costumbres, a la situación de la mujer, a la comprensión de su destino mesiánico.

21. Mas aún, Jesús les abre a una nueva manera de ver su propia realidad, de relacionarse entre ellos y con Dios. Hombre libre, cuestiona, por sus palabras y sobre todo por la coherencia de su vida, el poder religioso, político y cultural de su gente. Se hace próximo de los pobres y enfermos, de los niños y mujeres, de los publicanos y extranjeros, de todos los discriminados por la misma organización de la sociedad y de su cultura. Se solidariza y más aún se identifica con ellos. Esto lo llevará a la muerte, **muerte pascual** hecha fecunda por el Dios que lo **resucita**, muerte portadora de vida nueva y definitiva.

22. Nuestra presencia y acción evangelizadora en los pueblos y culturas en las cuales vivimos o a los cuales somos enviados ha de pasar por esta misma dinámica. Cada cultura es portadora de vida, pero está también marcada por la muerte. La evangelización inculturada retoma con los miembros de la cultura los caminos de Dios en ella. Reconoce en ella los desvíos humanos. Se relanza con ella por el testimonio, anuncio y servicio. Comparte con ella el don de la vida nueva del Jesús crucificado y resucitado en ella. No habrá, pues, un punto terminal de la evangelización que exima a una cultura de abrirse al don de Dios en Jesucristo, a la transformación y a la conversión, al crecimiento y a la multiplicación de sus talentos y de su fe.

23. Por eso, referida al misterio de Cristo en la **encarnación, muerte y resurrección**, la inculturación es la obra permanente del Espíritu en las personas de cada grupo cultural. Como en Pentecostés, el Espíritu se derrama sobre toda la humanidad y sus culturas, las llena de la verdadera vida. El lo hace, sin embargo, en el respeto a la identidad de cada persona y cultura, en su lengua y según su modo de comprender. Como Jesús pasó de la muerte a la Resurrección con una vida nueva, así también las culturas y nuestro modo de evangelizarlas han de pasar por cambios, reorientación y purificación, que son una exigencia de muerte para alcanzar la vida. Así se construye pacientemente la profunda unidad de la fe, en la diversidad de los pueblos y de sus culturas. Desde la singularidad muy concreta de un Jesús judío se proyecta en cada cultura el itinerario humano y universal de todos los pueblos. A todos el Jesús pascual enseña a vivir la comunión en la diferencia.

24. El encuentro intercultural se hará en distintos niveles y en pleno respeto de la libertad de los interlocutores. Habrá encuentros entre creyentes y no creyentes; entre creyentes de distintas maneras y según varias tradiciones espirituales y religiosas; entre denominaciones diversas en relación al mismo Dios y Jesucristo; entre creyentes según la misma fe aunque en niveles distintos de profundización y consecuencias vitales.

⁵ Lucas 1:38ss; Gálatas 4:4-5.

25. La comunidad universal de la fe que llamamos Iglesia será fruto posible de un don acogido, no siempre previsto y jamás impuesto por la fuerza a un grupo cultural humano. La Iglesia que quiere vivir en la comunión universal de la misma fe, se hará presente o se reencontrará en la multiplicidad local de las comunidades eclesiales. Cada una tendrá su rostro; todas comulgarán en el mismo Espíritu. Una evangelización integral inculturada es divina y hondamente humana. Ella realiza el servicio de la fe en la promoción de la justicia con permanente atención a la cultura y a las culturas. Ella reconstruye la comunión entre los que se abren al misterio y al don gratuito de un Dios que en su Hijo se ofrece por el Espíritu a la humanidad, en todos los tiempos y latitudes.

V. EL COMPLEJO UNIVERSO CULTURAL DE HOY

26. La misma composición de esta Congregación General — 223 jesuitas de más de sesenta nacionalidades, de muchos países y regiones diversas — es una impresionante experiencia de la pluralidad cultural y de su complejidad. Puede ser útil darnos cuenta, aunque de modo sucinto y muy incompleto, de algunos rasgos culturales más importantes en nuestros días. Tenerlos presentes es caer en la cuenta de los desafíos planteados a una reflexión realista sobre la inculturación como reto a la evangelización.

27. Mirando al mundo, nos encontramos con la multiplicidad de grupos étnicos, tribus y naciones de culturas tradicionales, dueños de un admirable patrimonio cultural y religioso y de una sabiduría milenaria, que ha configurado la identidad de muchos pueblos.

28. La formación de los estados nacionales o el proceso de colonización, con frecuencia ambiguamente reforzado por la misma evangelización, dominó, marginó o simplemente destruyó grupos humanos enteros. Muchas culturas oprimidas de nuestros días son herederas de genocidios culturales o del trágico mercado de esclavos. Hay minorías indígenas que han sufrido y siguen resistiendo. Pero hay también grupos humanos que han sido masivamente desplazados por deportaciones políticas o por forzadas migraciones en la búsqueda de una posible supervivencia.

29. En un largo proceso histórico se formó gradualmente la cultura moderna; ella es resultado de un cambio radical de paradigmas, que la contrapone directamente a la inspiración de las culturas no-modernas, aunque unas y otras sigan existiendo simultáneamente. De extracción occidental, la modernidad está marcada por la racionalidad y la secularización, por la prioridad del individuo sobre el grupo, del mercado sobre lo social y lo político o la supremacía del Estado autoritario o totalitario sobre los ciudadanos. En contrapartida, esta cultura moderna es portadora, entre otros valores, de un sentido de la libertad, de la promoción de la persona y de sus derechos, del respeto a la pluralidad cultural, del deseo de igualdad y solidaridad. Todos conocemos la frecuente contradicción entre estos ideales y su realización. Conviven con ellos la corrupción, la malversación de los recursos públicos, el enfrentamiento de intereses privados o corporativos, el abuso del poder, la convulsión de la institución familiar, el individualismo, hedonismo y consumismo. Está en curso el profundo cambio cultural desencadenado por el colapso del socialismo: la trágica situación de África, tan explotada y tan olvidada; la incierta reestructuración de las antiguas repúblicas soviéticas; la incógnita que sigue siendo el futuro de China; y la estrategia neo-liberal del mundo capitalista que se va imponiendo en todo el mundo.

30. La ciencia y tecnología contemporáneas se han constituido en fuentes primeras de cambios profundos y continuos en la realidad material y psicosocial de la modernidad como cultura. Su difusión en todo el mundo por la educación, la información y el mercado, le da un sentido de globalidad que rehuye controles éticos y tiene amplio influjo sobre tradiciones culturales indefensas que se fragmentan o se destruyen. La sociedad se da cada vez más cuenta de que el destino de la humanidad, y de su contexto ecológico y vital en todo el mundo, está en manos de la misma humanidad. A la par de resultados técnicos que benefician a la humanidad entera, convivimos con la criminalidad organizada del narco-trafico y del terrorismo internacional.

31. En este juego de contrastes que ahora pervade la cultura moderna, las personas y los grupos se encuentran fragmentados entre muchas subculturas distintas y simultáneas. Se dan cuenta de la contrastante pluralidad de valores y criterios. La exacerbación de todo esto hace patente lo que hoy se llama **la crisis de la modernidad**. Hay dos tendencias mayores en relación a ella.

La primera está hecha de orientaciones integradoras, como el diálogo ecuménico e interreligioso, los gestos de solidaridad internacional, la existencia de minorías científicas que manifiestan apertura al misterio, incentivos al sentido comunitario y otras.

La segunda respuesta a la crisis de la modernidad es la llamada **postmodernidad**. Esta es un fenómeno contra-cultural que no ha madurado aun sus paradigmas teóricos, pero está muy presente en el imaginario de los jóvenes. Serios interrogantes son planteados por la postmodernidad a la Iglesia y a la Compañía. Si antes intentamos inculturarnos en lo moderno, ya no podemos contentarnos con ofrecer respuestas modernas a inquietudes postmodernas. Tampoco podemos replegarnos sin llevar el evangelio allí donde se forjan nuevas culturas.

Igual atención ha de prestarse al fenómeno de la *New Age* (Nueva Era), tan emparentada con la postmodernidad. Muy difusa, ella comporta elementos de naturaleza religiosa, como el despertar de la espiritualidad, el misticismo, la reencarnación y otros. Tanto la modernidad como la postmodernidad y la Nueva Era exigen discernimiento sobre sus aspectos positivos y negativos, incluso por los que nosotros mismos hemos venido asimilando o promoviendo con cierta ambivalencia.

VI. LOS JESUITAS ANTE EL DESAFÍO DE ESTE CONTEXTO

32. Este enorme escenario, tan lleno de contrastes, nos hace realistas y modestos en relación al alcance y a la eficacia humana de nuestra misión evangelizadora. Por una parte sentimos una aplastante desproporción de fuerzas. Por otra, nos damos cuenta de cuánto puede hacer la Iglesia y la Compañía en ella, si nos unimos alrededor de objetivos concretos, de estrategias bien definidas, de colaboración eficaz en el plano internacional y en el regional. Hay una gran fuerza interna en el testimonio creíble y la coherencia apostólica en el servicio de la fe y en la promoción de la justicia como marcos efectivos de una evangelización integral e inculturada. Decirlo es plantear a toda la Compañía, como cuerpo apostólico, las contemplaciones y meditaciones estructurales de los Ejercicios: el Reino y las dos Banderas. Aquí no se trata sólo de una preocupación por el crecimiento espiritual de las personas o comunidades. Se trata de la articulación de una acción lúcida y conjunta, como intuimos que fue para su tiempo, y todavía más allá de él, la visión y la mística de Ignacio de Loyola.

Interpelaciones a la Compañía y opciones urgentes

33. Ante de todo esto; afirmamos la importancia fundamental de la dinámica de inculturación. Esta es esencial para nuestra propia conversión y reevangelización como jesuitas. Tenemos que

apropiarla en la formación de nuestros jóvenes, en la dinamización apostólica de los jesuitas formados, en el crecimiento cristiano e ignaciano de nuestros colaboradores laicos y en el enfoque operativo de los muchos frentes en nuestros trabajos por todo el mundo.

34. Por este camino se ha de configurar nuestro proyecto de evangelización integral (CG 33) que traduzca nuestra misión y carisma de servir a la fe en la promoción de la justicia (CG 32). La inculturación ha de impregnar todo el apostolado y la espiritualidad de la Compañía, nuestro modo de comprender, de sentir y de proceder. La inculturación es un marco y una cualificación indispensable de nuestra manera de, con la Iglesia y en ella, servir a Dios y a su pueblo. Por su particular urgencia, queremos destacar tres **prioridades** en la concretización de esta perspectiva de inculturación.

35.1. Como cuerpo apostólico internacional, estamos llamados a trabajar por un proyecto de concepción global y de inculturada implementación local de una sociedad humana que mire el mundo desde la perspectiva de los pobres, sea justa y en la justicia construya la paz. Queremos colaborar con todos aquellos que promueven el dialogo y la solidaridad, en la libertad responsable y en el reconocimiento y aprecio de las diversidades culturales. Deseamos colaborar a que los jóvenes de todas las culturas descubran la posibilidad de vivir fraternalmente en el mutuo reconocimiento de las diferencias de modo que se comprometan activamente en este proyecto de humanidad.

35.2. Queremos buscar y desarrollar estrategias apostólicas para el desafío que es la humanización y la evangelización inculturada de la cultura contemporánea en sus paradigmas moderno y posmoderno. Hacer frente a los retos que plantean tanto por la increencia y la indiferencia, como por la religiosidad ecléctica y difusa, o fundamentalista y sectaria.

35.3. Queremos acompañar especialmente a los pueblos de culturas tradicionales o indígenas y a los grupos humanos que sufren la pobreza y la opresión bajo tantas formas. Queremos estar con ellos, participar de sus luchas y esperanzas. Queremos irradiar esta inspiración, desde experiencias vividas de modos diversos por nosotros, sobre toda la acción apostólica de la Compañía y de este modo dar la pauta en la configuración de nuestros diversos ministerios.

36. Todo esto lo queremos llevar a cabo, con entusiasmo y coherencia, desde una perspectiva de valores y criterios evangélicos, según nuestro carisma y misión. Confiamos hacerlo en el fiel seguimiento de Jesucristo; en la conciencia del don gratuito de Dios y de su Espíritu que es para toda la humanidad; en la fidelidad a su Iglesia y en cooperación con ella; en diálogo abierto y responsable con todas las otras instancias que en el mundo buscan sinceramente los mismos objetivos.

Comisión de la Evangelización y Cultura
34ª Congregación General

+ + + + +

¿EL AMBIENTE contra MAMMON?

Chryso Pieris, S.J.

No podéis salvar/servir al ambiente y al dios Dinero (Lucas 16:13, paráfrasis).

Este no es un ensayo escrito después de profunda investigación y análisis en preciso lenguaje digital. Dejad más bien que exponga unas ideas sueltas en lenguaje icónico¹.

El Dios de la Biblia en que creemos es el Dios de la vida. No nos la da en el vacío. Nos la da en y a través de nuestro ambiente, nuestro planeta, nuestra Madré Tierra. La destrucción de ésta es un ataque directo al cable que nos une con Dios. No es ateísmo.² Es un diabólico antiteísmo. De ahí mi paráfrasis de Lucas 16:13.

Si tomamos los países ricos industrializados, un 20% de la población de la tierra consume el 80% de todo lo que hay disponible, dejando el 20% para uso del resto del mundo. Una persona del mundo rico es una carga dieciséis veces mayor para la Madre Tierra que uno del tercero. Esto no es solamente arbitrario; es indecente. No es solamente injusto; es pecaminoso. Esta es la causa del problema ecológico — el consumo excesivo.

La solución no es el desarrollo de los países subdesarrollados. Ni siquiera lo es el desarrollo sostenible. Si el objetivo de los desarrollistas es levantar el Tercer Mundo al nivel de consumo de los países ricos, el resultado será el suicidio planetario. Como dice Alberto Moravia en *La revolución cultural en China*: el producto final del consumo es *excreta*². Un lenguaje muy terrestre. La cultura consumista produce una cultura de *excreta*. Si todo el mundo fuera a consumir como consumen los países ricos, nuestra hermosa tierra se convertiría en un enorme estercolero volante.

Lo que hace falta no es el desarrollo del Tercer Mundo sino el des-desarrollo de los países ricos industrializados. Reducid drásticamente el consumo y compartid lo superfluo con el resto del mundo. Dad la vuelta a la cultura consumista. La obsesión del dinero, la locura de la ganancia, máquinas del capitalismo, deben ser arrancadas del corazón del hombre para restituirle el buen juicio. No es posible salvar/servir al ambiente y al dios Dinero.

Hoy la pobreza evangélica no es sólo para monjes y monjas o cristianos, sino para toda la humanidad, si queremos salvar al mundo. El marxista Moravia aboga esto, y también la castidad, para todos.

Esto reclama una especie de socialismo global. Cuando cuatro de cada cinco personas viven en la miseria, es deshumanizador vivir en el lujo. Hay que hacer al hombre más importante que el dinero e incluso que el sábado. Al ser más que el tener. Solo el socialismo hace posible dar al hombre la prioridad sobre todo lo demás y distribuir más equitativamente la riqueza del mundo.

¹ Gregory Bateson, *Steps to an Ecology of Mind: Collected Essays in anthropology, psychiatry, evolution and epistemology*, New York: Ballantine Books, 1972.

² Alberto Moravia, *La rivoluzione culturale in Cina ovvero il convitato di pietra*, Milano: Bompiani, 1973.

El cristianismo no lo ha hecho. Después de todo, el consumismo desenfrenado se encuentra más que nada en el occidente «cristiano». Los jefes de la Iglesia han hablado contra él, pero están metidos en él hasta el cuello. No hacen efecto. De hecho, aquí en Asia, viviendo en una remota aldea budista, sin electricidad, agua corriente ni ordenador, me empieza a resultar embarazoso llamarme cristiano.

El versículo que sigue inmediatamente a Lucas 16:13 revela la astuta evasión de la solución real del problema y la falsedad de las soluciones propinadas por el Banco Mundial, el Banco Monetario Internacional e instituciones semejantes.³ «Los fariseos ... por ser hombres apegados al dinero, se burlaban de Jesús».

Chryso Pieris, S.J.
Tanjantenne
Balangoda
SRI LANKA

+ + + + +

CARTAS y COMENTARIOS

Envueltos en este país, como en todos los de América Latina, en una profunda crisis económico-financiera (pero mucho más moral, lo que debe alarmarnos legítimamente) realmente sólo aquello de que «ser optimista no cuesta más que ser pesimista pero, en cambio, es más alegre» podría justificar mi optimismo. En mi país — ¿o colonia? — tenemos **oficialmente** un índice de desocupación del orden del 12,2% de la población económicamente activa, que sumado a uno de aproximadamente 14% de sub-ocupación, determina una sensación de extraordinaria inseguridad en el conjunto de la gente y hace que salgan a relucir las peores manifestaciones de ausencia de solidaridad, con todo lo que ello implica; por ejemplo: comienza a generalizarse el criterio de que expulsando a los trabajadores extranjeros indocumentados (que son muchos, que han escapado de las condiciones de sus respectivos países, como Bolivia o Paraguay) habría más puestos de trabajo para argentinos, y el conjunto del pueblo no entiende que la desocupación es una variable dependiente del modelo capitalista de acumulación, con sus acelerados cambios tecnológicos que expulsan mano de obra ... y con el rol que corresponde asignar en la división internacional del trabajo a los países periféricos.

Si a esto le sumamos que el tejido social está atravesando por una pérdida escandalosa de los valores éticos; que el consumismo de los que tienen se trasfunde a los desamparados; que las grandes masas escasamente tienen posibilidad de salir del empobrecimiento progresivo; que los gobernantes y los grandes capitalistas, junto con la gente de la farándula, no se privan de mostrarse en la vida rumbosa, obscena en la exhibición de riqueza; y que existe una fuerte resignación de los jóvenes, que no se comprometen en bregar por **cambiar** esta situación, realmente parece un acto casi irresponsable de optimismo pensar que realmente puede darse ese cambio.

³ Graham Hancock, *Lords of Poverty: The Power, Prestige and Corruption of the International Aid Business*, New York: Grove/Atlantic, 1992.

Y, sin embargo, en lo personal pienso que quizá tocando fondo podrán revertirse estos signos negativos, ominosos, que tiñen de oscuridad lo que podría ser un cielo despejado hacia mejores destinos del hombre. En esto me preocupa sobremanera un dato que diariamente me conmueve: una de mis hijas es catequista y siempre ha tenido una «educación católica» (actualmente estudia en la Universidad del Salvador). No se droga, no bebe, no concurre a discotecas ... pero no consigue ser solidaria (ni se lo propone), más allá de concurrir al templo y transmitir bastante mecánicamente el catecismo, o participar a la misa, o etc.... Pero si se trata de renunciar, aunque más no sea mínimamente, a alguna holgura (no ya a alguna necesidad), para satisfacer en parte la estrechez de otros, opta por ella misma. Con esto quiero señalarte a qué extremo está transitada por la enfermedad de la voracidad capitalista nuestra juventud: primero yo, después yo y más adelante yo.

No veo que se pueda hacer otra cosa que dar ejemplo, aunque lamentablemente los dirigentes de distinto tipo (políticos, gubernamentales, sindicales, ... «*anche*» eclesiásticos), en general, mejor que no den ejemplo porque habría que decir que hay que hacer lo contrario de lo que ellos hacen y saber que, cuando predicán, mienten.

A pesar de eso hay que seguir luchando, ¿verdad? La resurrección terrenal es posible. Lo demás es cuestión de cada cual, que yo respeto.

[Se reserva el nombre]
 ARGENTINA

Una carta anterior de Argentina se encuentra en *PJ* 51 (Mayo 1993).

+ + + + +

Leyendo *PJ* 59 (marzo 1995), tuve la impresión de que en nuestras comunidades no siempre existe la unión fraternal que deberíamos tener, sea mirando los inicios de la Compañía que prestando atención a los repetidos ruegos de nuestros Superiores, como exigencia urgente del mundo dividido en que vivemos y que queremos transformar en el Reino de Dios. Tratando de descubrir las razones de esta falta, creo poder decir que se está perdiendo de vista el «*punctum uniens*» que son las Constituciones y las orientaciones de nuestros superiores mayores para cada cual seguir sus puntos de vista personales.

Antes y durante la Congregación General 34 pedimos mucho al Espíritu Santo que iluminase a los congregados. Es tiempo de pedirle que todos los jesuitas aceptemos con fe y alegría las decisiones de la Congregación para que sigamos siendo, *iure et opere*, «Compañía de Jesús» en el sentido ignaciano.

José Bulfoni, S.J.
 C.P. 521 - SOCOPO
 64001-970 Teresina - Piauí
 BRASIL

+ + + + +

Paul Caspersz en «La Dimensión social en los Ejercicios Espirituales» escribe de «los que no trabajan en el campo de la justicia (por ejemplo, los Carmelitas de clausura, los profesores de colegio o universidad)». Por favor, ya basta. Años y años me he encontrado con activistas sociales que creen que deben ser la conciencia del resto de la humanidad ... y que se imaginan que los demás seamos ciegos a las dimensiones de justicia de nuestra misión y vocación. Esta actitud ha alejado a muchos a lo largo del tiempo. Sólo puedo afirmar que, ciertamente no todo, pero mucho de lo que he presenciado entre los profesores universitarios es también una lucha en el campo de la justicia.

«La Conversión y Nuestros Apostolados» por Joe Owens indica en parte lo que quiero decir. «El imperativo de la justicia», en palabras de Owens, «ha sido a menudo problemático y causa de perplejidad» para los que se dedican a la pastoral o a la educación. También nosotros somos conscientes del imperativo de la justicia y luchamos por ello, esforzándonos por alcanzar la «Conversión, no sólo la Formación» según Owens.

Daniel Ross, S.J.
Center for Academic Cooperation
Fu Jen University
Hsinchuang, Taipeihsien 242, TAIWAN

+ + + + +